



DOCUMENTOS

del

OCOTE ENCENDIDO

Nº 37

JUNIO 2005



Pandillas y maras: señas de identidad
"Marafobia": Entre psicosis y realidades

Comités Oscar Romero

C/ José Paricio Frontiñan s/n - 50.004 - Zaragoza D.L.Z. 147-89

PRESENTACIÓN

Los documentos que incluimos en este número ("Pandillas y maras: señas de identidad" y "Marafobia: entre psicosis y realidades: intentar comprender el problema para resolverlo") nos descubren un fenómeno recurrente en Centroamérica y México: las maras.

Llegados desde Nicaragua el primero y Chiapas el segundo, estos artículos diseccionan su verdadera realidad y sus complejos, heterogéneos y contradictorios orígenes. Nacen en unas sociedades profundamente injustas, fruto de siglos de dominación y explotación que han culminado con la brutal inserción de esta región en la globalización capitalista. Esta globalización se puede permitir el lujo, ya no de explotar, sino de excluir a buena parte de la población mundial. Así en estos países no ofrece salidas a una sociedad joven, salvo en la economía informal, mal pagada.

Por otra parte, los procesos de paz de estas naciones han fracasado a la hora de ofrecer una alternativa a aquellos ciudadanos que, por sus ideales o por un salario, se dedicaron durante décadas a combatir en los ejércitos, fuerzas paramilitares y guerrillas que coparon el interés informativo de los 80 y 90. Sociedades exhaustas por las guerras no fueron capaces de encontrar otra vía económica que la inserción en la periferia del mercado mundial.

Por supuesto, las empresas de comunicación y los aparatos estatales las describen, superficial e interesadamente, como grupos de jóvenes violentos que siembran la inseguridad en los barrios de pueblos y ciudades. Las citadas empresas, animadas por sus amos, hacen de estos sucesos la centralidad de la actualidad. En numerosas ocasiones tampoco las sitúan en su contexto y escogen los aspectos más macabros de la noticia. El Estado, por su parte, las utiliza como justificación para reforzar incesantemente sus aparatos de represión, sin abordar las verdaderas causas de su existencia y su violencia.

Es de agradecer el profundo análisis y diagnóstico de la situación que realizan estos documentos. Pero su mejor aportación es la "oferta" de esperanza y alternativa desde la necesidad de un cambio social global y, al mismo tiempo, local. Como dice en su párrafo final el primero de los artículos "[...] muchos jóvenes actualmente en las pandillas son muy receptivos a soluciones alternativas a sus problemas, siempre que sean [...] tomados y tomadas [...] como personas autónomas. Siempre que se sientan respetados y apoyadas en poner fin a las violencias que han vivido cuando vieron anulados sus derechos y dignidad"

(Pandillas y maras: señas de identidad (Revista "Envío, nº 244, julio de 2002)

Marafobia: entre psicosis y realidades: intentar comprender el problema para resolverlo(Boletín "Chiapas al día", nº 442, 1 de diciembre de 2004)

Pandillas y maras:

Señas de identidad

Revista ENVIO No. 244 (Julio 2002)

Desde mediados de los años 90 las pandillas juveniles son un tema de investigación social en Centroamérica. Conocer las señas de identidad de estos grupos y de quienes los integran -que no calzan nunca en una visión blanco-negro- cuestiona prejuicios y podría promover alternativas.

Manfred Liebel

Desde los años 60 un tipo muy específico de grupos juveniles se extiende como sombra en los barrios marginales de las grandes ciudades de América Latina. Sus nombres -"Los Sacaojos", "Los Come-muertos", "Vatos Locos"- hacen un hincapié irónico en sus características. Según el país o la región, los grupos se denominan pandillas, bandas, galladas, clikas, parches, maras, barras. Y a sí mismos se llaman pandilleros, chavos, bandas, cholos, mareros, chapulines. Los jóvenes toman estos nombres de la prensa o de la policía, dándoles su propia interpretación y valor. En Centroamérica se habla de pandillas en Nicaragua, y de maras en El Salvador, Guatemala y Honduras.

Muchas otras denominaciones que se les aplican sugieren que se trata de agrupamientos de jóvenes cuyo sentido de la vida está centrado en la violencia, el robo y las drogas. La imagen que la mayoría de la opinión pública tiene de estos jóvenes está fuertemente marcada por los medios de comunicación masiva, que de manera casi unánime los presentan

como la peor expresión de la delincuencia y de la decadencia social, gente a la que hay que tratar con mano dura.

Ni recipientes vacíos ni meros imitadores

Hablar de maras o pandillas favorece estereotipar a los jóvenes, no sólo porque los términos tienen ya un contenido negativo, también porque así se segrega a una parte de los jóvenes de otra parte, la que supuestamente es completamente diferente: sana y no violenta. Esta visión blanco-negro tiene muy poco que ver con la vida real de la totalidad de la juventud actual. Y sobre todo, no comprende los motivos, la percepción de sí mismos y la manera en que se organizan los jóvenes de pandillas y maras. El intento de denominaciones "neutrales" -grupos espontáneos, grupos informales, agrupaciones juveniles- para escapar a los estereotipos, tampoco conduce a nada, por ser son muy generales y no tener en cuenta las características reales de estas agrupaciones.

Los jóvenes no deben ser entendidos como "recipientes vacíos que son rellenos por adultos a los cuales solamente imitan", sino como sujetos con ideas propias, una estrategia vital propia y capaces de crear sus propias culturas. En el caso de las pandillas, se trata de un fenómeno social múltiple, que abarca desde pequeños grupos de "esquineros" hasta sutilmente estructuradas organizaciones que llegan a tener carácter internacional, con peculiaridades en cada grupo. Hay diferencias entre las pandillas de cada país y también las pandillas nacionales se van transformando con el paso del tiempo.

En el origen, el éxodo rural a las ciudades

A diferencia de las de México y Colombia, las pandillas juveniles de Centroamérica se convirtieron en un tema de investigación social hasta mediados de los años 90. En Centroamérica, como en el resto de América Latina, estas agrupaciones de adolescentes y jóvenes pertenecen desde los años 60 al escenario de las capitales y grandes ciudades. Surgen de manera proporcional al crecimiento de barrios y colonias marginales y se pueden entender como la consecuencia de un desarrollo capitalista que destruye las formas de vida tradicionales y las bases de subsistencia agraria, sin que se posibilite a las personas expulsadas del campo bases para una existencia estable, mucho menos para una vida mejor. Entre los adolescentes y jóvenes, que tienen toda la vida por delante, esto es especialmente grave. Las pandillas juveniles se pueden entender como una respuesta colectiva de los jóvenes a una situación vital insoportable y como un desafío a la



sociedad que les niega participación y futuro.

Años 60 y 70: vivir en las cales

Hasta los años 80, los grandes grupos eran formaciones de vida relativamente corta y con estructuras informales. En esta etapa se pueden distinguir dos tipos de grupos. Uno, el de los jóvenes que se agrupan en las esquinas de las calles de sus barrios para disfrutar, más allá del trabajo y de la escuela, de su tiempo libre, y que a veces -relacionados con movimientos sindicales o estudiantiles- protestan en contra o a favor de situaciones sociales: alza de las tarifas del transporte público, por ejemplo. El otro tipo es el de niños y adolescentes que, al menos temporalmente, viven en la calle y se encuentran en determinados puntos para organizar su sobrevivencia, basada fundamentalmente en robos, mendicidad y trabajos temporales.

Estos dos tipos de grupos no se identifican todavía -como harán después las pandillas- con un barrio determinado. Están ocupados en encontrar sitios donde sentirse seguros para pasar la noche o para pasar su tiempo libre sin ser molestados. Los conflictos que provocan son relativamente raros a causa de una fugacidad que no permite se originen senti-

mientos de pertenencia al grupo. No obstante, se enfrentan con policías y militares. En Nicaragua, durante los últimos años del régimen de Somoza; y en Guatemala, durante el régimen militar establecido en 1978 que empleó métodos brutales, incluida la eliminación física.

Años 80: aparece la defensa del barrio

Hacia mediados de los años 80 cambia parcialmente el carácter de los grupos juveniles. Junto a los "grupos de esquina" y a los grupos de "niños de la calle" surgen y se extienden las pandillas. Comparativamente, tienen ya nuevas formas de organización y realizan otras acciones. Estos grupos adquieren pronto un considerable significado y prestigio entre los jóvenes de sus barrios. Estas iniciales pandillas sueltas están compuestas fundamentalmente por un número mayor de jóvenes que los que tenían los grupos precedentes: entre 40 y 50, llegando algunas a tener hasta 100 y más. La defensa de los "territorios", delimitados por los mismos jóvenes -algunas cuadras o todo el barrio- se convierte en uno de los elementos centrales para entender su acciones. Mientras que los grupos de la calle tendían a evitar llamar la atención, las pandillas irrumpen en el vecindario y en las escuelas de manera provocativa y llamando la atención. En Guatemala y más tarde en El Salvador y Honduras, toman el nombre de maras. En Costa Rica se llaman chapulines. En El Salvador, a causa de la prolongada guerra civil, experimentan cambios en el tiempo, apareciendo en grandes proporciones a partir de 1992, después del acuerdo de paz.

La influencia gringa

En las primeras maras salvadoreñas se juntan no sólo jóvenes de los barrios. También, ex-guerrilleros y soldados desmovilizados, muy decepcionados con

respecto a las esperanzas que tenían de obtener una vida mejor y un reconocimiento social. Se suman también a las maras jóvenes que durante la guerra emigraron con sus familias a los Estados Unidos o ya nacieron allí. Las biografías y experiencias de todos estos jóvenes añaden a muchas maras salvadoreñas corrientes especialmente violentas.

Las maras en las que los jóvenes de los Estados Unidos llevan la voz cantante se caracterizan por ser especialmente grandes y rigurosamente organizadas. También, por actuar con armas de fuego. Las dos más conocidas son la Mara Salvatrucha (MS) y la Mara Dieciocho (M18). Sus miembros más activos y sus dirigentes pertenecían a gangs del mismo nombre en Los Angeles, que agrupan sólo a jóvenes latinos. En El Salvador, estas dos maras aglutinan a cientos de miembros y su campo de acción no está limitado a determinados barrios. Están subdivididas en clikas locales, que actúan y avanzan independientemente. Mantienen relaciones con maras de Guatemala y Honduras, algunas con los mismos nombres. Junto a estas dos maras, existen en El Salvador, al igual que en el resto de Centroamérica, las maras locales o maras de barrio.

Numerosísimas y con tendencia a crecer

Las maras centroamericanas actúan de manera más profesional y agresiva que las pandillas de Nicaragua. En Guatemala, según estimaciones oficiales, estaban activos en maras ya en 1987 unos 28 mil jóvenes, con tendencia a aumentar el número. En El Salvador, a finales de 1996 pertenecían a las maras unos 20 mil jóvenes, la gran mayoría en San Salvador. En el año 2000, las estimaciones eran de 30-35 mil.

En Honduras, el número de mareros activos se estimaba en 1998 en 60 mil. Sólo en Tegucigalpa había 151 maras con unos 14 mil miembros (12 mil varones y 2 mil muchachas). En Managua, la Policía contaba a principios de 1999 a 110 pandillas con una media de 75 miembros, lo que hace una suma total de 8,250 pandilleros. El número parece ser más alto, ya que en algunos barrios de Managua la mayoría de los jóvenes se consideran así mismos pandilleros. En Costa Rica, los chapulines tienen menor número y están menos organizados.

Todas estas cifras -provenientes de investigaciones y medios de comunicación- son aproximadas. Los organismos oficiales y la prensa suelen basarse en ellas para dramatizar el fenómeno y raramente se explican los métodos y criterios empleados para llegar a estas estimaciones. El fenómeno de las pandillas está hoy tan extendido que no es posible cuantificarlo. Lo que no deja lugar a dudas es que en las pandillas y en las maras centroamericanas participan hoy un gran número de jóvenes y que la tendencia es a crecer.

Cada vez de menor edad, cada vez más mujeres

“Toda mi vida ha sido una cruz, pues mi papá es alcohólico y ahorita está tomando desde la Navidad y no hay modo que pare la furia. En cambio, mi mamá es la mejor del mundo, y no sólo lo digo yo. Yo tengo una hermana y las dos sufrimos mucho porque mi papá no nos da dinero, ni para comer. Hoy llegó a las cinco bolo. Ah, pero mi abuelita que vive en los Estados, ella sí nos quiere, ella nos ayuda, gracias a ella puedo estudiar”. (Testimonio de una pandillera guatemalteca).

Al contrario de lo que ampliamente se supone, que las pandillas y maras están integradas por jóvenes que viven en la

calle o que cuando eran niños fueron niños de la calle, la mayoría de las investigaciones resaltan que estos jóvenes tienen su centro vital en los barrios y que allí, disponen en su mayoría de un hogar, por precario y conflictivo que éste sea. Las investigaciones también destacan que la mayoría de los pandilleros no se mantienen de hurtos y atracos, sino que después de abandonar la escuela ejercen un trabajo mejor o peor pagado o lo tratan de encontrar, contando con una formación escolar que supera la media.

En Guatemala, en los años 80, el 80% de los mareros tenía entre 15-19 años, no siendo ninguno mayor de los 25. Había una cierta tendencia a que la media de edad se moviera lentamente hacia abajo, entre los 12-15 años. En El Salvador de los años 90 la edad del 72% de los mareros era semejante a la de Guatemala diez años antes: 16-21 años. En el año 2000, al entrar en la mara los jóvenes tenían un promedio de 15.1 años los varones y 15.3 años las muchachas. Actualmente, más de la mitad de los jóvenes entran en las maras a los 11-14 años.

Al principio, las maras se integraban principalmente con varones. En Guatemala un 80%, y en El Salvador un 78%. Una posterior encuesta considerada representativa mostró en Guatemala un 44% de mujeres. Actualmente, se estima que la proporción de muchachas en las maras de El Salvador es de un tercio. El número de muchachas que se unen a las maras, o incluso las fundan, parece aumentar.

Actualmente, en ambos países -parece que también en otros- hay ya maras en las que el número de chicos y chicas se aproxima. Y aunque en la mayoría de las maras, las mujeres tienen una posición subordinada, hay algunas en las que son dirigentes y gozan del respeto de los hombres. tienen estudios, rechazan la escuela.



los mareros para comentar las circunstancias políticas y sociales del país y ven paralelismos entre ellos y los jóvenes activistas de los movimientos políticos de los años 70.

También en El Salvador los mareros se muestran casi todos alfabetizados (96.3%) y muchos tienen una formación escolar por encima de la media. Casi la mitad (46.3%) fue a la escuela hasta el noveno grado, y

Las maras pasan una gran parte del tiempo en la calle, pero en una mayoría de casos sus miembros disponen de un hogar. La gran mayoría pasa la noche en su casa: en Guatemala un 80% y en El Salvador un 90%. En El Salvador la mitad de sus miembros vive en la casa de sus padres (52.7%), la mitad sólo con la madre, algunos sólo con el padre. Otros viven con amigos (13.7%), con familiares (12.4%), con su amigo o su amiga (8.7%). Es significativo que una tercera parte ya tiene sus propios hijos y un 38% de las muchachas ya son madres.

una tercera parte (32.5%) acabó el bachillerato. Como media, los jóvenes tenían 8.4 años escolares, y los que regresaron de los Estados Unidos tenían hasta 10.2 cursos escolares.

En Guatemala no se encontraron anal-fabetos entre los mareros. El 61% iba a la escuela primaria o a la secundaria, y el 38% había dejado ya los estudios. Ninguno, naturalmente, iba a una escuela privada, y todos mostraron un gran interés en su propia educación, aunque pocos estaban contentos con la que se les impartía. La mayoría de las escuelas, fueron valoradas como "aburridas" e "inútiles".

El número de los que abandonaron la escuela antes de tiempo y no tenían ningún certificado era también relativamente alto. Cuando se hizo la encuesta, la mayoría se encontraban fuera del sistema escolar (75.9%), por lo que los investigadores del IUDOP de la UCA interpretaban que la escuela no ofrecía a los jóvenes ninguna oferta adecuada, no los motivaba a aprender y los excluía por motivos sociales.

¿Cómo se ven en el mundo del trabajo?

Muchos miembros de maras muestran su descontento con la escuela y no raramente deben abandonarla antes de tiempo a causa de su comportamiento rebelde. En el estudio de AVANCSO en Guatemala, los investigadores se muestran impresionados por la capacidad de

En Guatemala los mareros están mal pagados en los trabajos temporales que realizan. No trabajan regularmente. En general, quienes trabajan dan una parte de lo que ganan a sus padres y contribuyen muy activamente en el sostenimiento de la familia. Cuidar a su familia los enorgullece y, a la vez, les da un cierto poder en ella. Mantienen los lazos familiares y les permite, a la vez, distanciarse de la familia cuando es necesario. Un gran problema para ellos es encontrar una casa propia.

En El Salvador, diez años más tarde de una primera investigación, la situación de los jóvenes es considerablemente más complicada. Casi las tres cuartas partes de los encuestados (74.5%) no tenían en el momento en que se hizo la encuesta ningún trabajo pagado, y de los pocos que tenían uno, sólo la mitad (52.5%) disponía de un contrato de trabajo.

Sólo uno de cada diez jóvenes tenía un trabajo más o menos seguro. De aquellos que tenían un trabajo pagado, el 28.4% se desempeñaba en algún oficio especializado (zapatero, corte y confección, panadero), el 18.2% se dedicaba a oficios no especializados (ordenanza, empleada doméstica) y el 12.9% trabajaba como mecánico automotriz. Otros, en menores porcentajes, eran comerciantes, transportistas, empleadas de oficinas, empleados de servicio y carpinteros.

La mayoría de los trabajos no estaba en relación con el nivel de estudios alcanzado y estaban mal pagados. El sueldo, pequeño e irregular, les obligaba a hacer actividades ilegales -vender drogas o robar- para conseguir lo necesario para vivir.

Familias pobres, familias de emigrantes

Las familias de las que proceden los mareros viven en la mayoría de los casos en tal estado de pobreza que no pueden alimentar adecuadamente a sus hijos, mucho menos ayudarles económicamente. A menudo, el espacio de la casa es tan pequeño que a medida que los niños se hacen mayores no queda espacio para los jóvenes, quienes prácticamente deben trasladarse a las calles. Para los

jóvenes no hay ninguna organización estatal o comunal en donde, sin pagar y según sus gustos, puedan pasar su tiempo libre o dedicarse a actividades interesantes.

Algunos mareros están solos porque sus padres o sus hermanos mayores han emigrado definitiva o temporalmente a Estados Unidos. Un estudio salvadoreño puso de manifiesto que nueve de cada diez jóvenes tenían familias en el Norte, lo que no significaba que los ayudaran económicamente. Ocasionalmente, esos familiares, les traían ropa, videos, equipos de sonido, CDs, o cosas parecidas, cuando los visitaban. Y ellos las vendían para poder sobrevivir o para comprar drogas.

"La vida loca" y "los vaciles"

"La calle le enseña a uno a vivir o morir y, pues, uno tiene que aprender a rifársela" (Testimonio de un pandillero salvadoreño). "Sólo Dios sabe lo que me tocó andar por estos barrios. Se cansa uno de la vida loca. Pero a veces es inevitable. No hay nada que hacer. Y uno se mete o se mete. Yo vivo en la calle desde los nueve años y es mejor andar con la mara que solo. Aunque como mujer es más difícil". (Testimonio de una pandillera salvadoreña).



En el centro de la mara o pandilla está lo que los jóvenes llaman "la vida loca": la sensación que trae la lucha de la propia banda con bandas rivales de otros barrios, con otros jóvenes que se creen más que ellos ("burgueses"), o con la policía, esa lucha que se llama en Nicaragua "la cateadera". Lo que les guía es el gusto por la provocación y el -no siempre calculado- riesgo de hacer cosas que los ciudadanos "normales" consideran escandalosas o que están claramente prohibidas. Lo que más les gusta de la vida en las pandillas es lo que en las maras de El Salvador se llaman "los vaciles". Esto puede significar cualquier cosa: desde las buenas vivencias en la pandilla y el sentido de pertenencia hasta sus actividades al límite de lo legal o más allá de la ley.

La mayoría de los pandilleros roban y consumen drogas, sobre todo marihuana, alcohol, y desde hace un tiempo piedras de crack. Estas actividades, que medios de comunicación y políticos destacan como típicas de las bandas de jóvenes, no son una característica especial de las pandillas y maras, están bastante extendidas entre todos los jóvenes. Las drogas son parte de la vida cotidiana de las pandillas, pero no son ni la causa ni el motivo para estar juntos. En robos y atracos no participan todos los pandilleros y -esto me parece importante de destacar- raramente se practican como pandilla. Las actividades prioritarias que el grupo hace como pandilla o mara son las peleas, los pleitos y las luchas dirigidas en grupo. Esto es lo que une a todos los pandilleros y pandilleras, quienes casi nunca van a luchar bajo el efecto de las drogas.

La participación en las peleas, y las habilidades y el valor mostrado en ellas, es decisiva para el reconocimiento social y la posición de pandilleros y mareros dentro del grupo. Les dan perfil y prestigio.

La filosofía de los que luchan es actuar rápida y avispadamente antes de que el otro se les adelante, y dominar la situación. Lo decisivo es "andar sobre", y de ninguna manera dejarse achantar.

Su identidad: pertenecer a un barrio

El punto de referencia en la actuación de los pandilleros es sobre todo el barrio en el que han crecido, donde se sienten en casa y, de alguna manera, seguros. Allí serán también, en determinadas circunstancias, tomados como enemigos por adultos que se ocupan de la buena reputación de su barrio, pero en general es en el barrio, en su barrio, donde encuentran simpatía y ayuda -de su madre especialmente- y se mueven en terreno conocido. La pertenencia al barrio les da un sentimiento de identidad. No es casualidad que las luchas de la pandillas se den para defender un territorio, el barrio o algunas de sus cuadras. Esto puede significar también que en el mismo barrio -normalmente frente a adultos que rechazan a los jóvenes o que los tratan con hostilidad- se luche por la supremacía. Dice un pandillero de un barrio de Managua: "Nosotros gobernamos el barrio sin que nadie nos diga nada. Si alguien nos dice algo, lo palmamos. Se acalamburan porque somos muchos. Los jóvenes mandamos".

Jose Luis Rocha, de la Universidad Centroamericana de Managua, da la siguiente interpretación: "La reacción del pandillero en un mundo en el que él no es nadie es atacar, dominar el barrio, someter porque está sometido, demarcar un territorio porque vive en el desarraigo, asociarse a una institución que dota de identidad porque se carece de ella. El pandillero aspira a dominar en un entorno que lo excluye".

Los buenos y los malos ratos

En El Salvador se preguntó a los jóvenes sobre lo que les gustaba de la mara y las ventajas que tenía estar en ella. Nombraron "los vaciles" como lo más atractivo. Les atrae la acción conjunta al borde y al otro lado de la legalidad, el compañerismo entre "los bróderes", el respeto que han ganado, además del poder, protección, unión entre "los bróderes", la confianza interpersonal, el dinero y la libertad de los padres. En menor medida, les atraen los pleitos, "las hainas" (mujeres) y las drogas.

Entre las cosas que menos les gustan de la mara nombran en primer lugar las peleas y las drogas. Como desventajas de la vida en las maras, destacan la discriminación y la persecución de la policía, y el peligro de ser encerrados en la cárcel o ser asesinados.

Las consideraciones sobre la vida en la mara se diferencian de forma llamativa entre varones y mujeres. Éstas señalan frecuentemente como aspecto negativo "el trencito" -la práctica de ofrecer servicios sexuales, en parte exigida por el jefe de la pandilla, a los miembros masculinos de la banda-. Los distintivos de la vida en la mara son en general considerados más negativos por las jóvenes mujeres que por sus compañeros masculinos. Las chicas destacan como momentos atractivos para ellas, el "pasar buenos momentos juntos" y "la ropa".

Como ya mostró el estudio guatemalteco de los años 80, las investigaciones salvadoreñas contradicen la concepción difundida de que los jóvenes pandilleros huyen de los problemas y deficiencias de sus familias. Los jóvenes se incorporan a las maras porque la vida pandillera les resulta más atractiva y tiene, desde su punto de vista, más ventajas que desventajas. A pesar de las dificultades y los peli-

gros, ven más satisfechas sus necesidades en la mara que en otros lugares accesibles para ellos. Sobre todo, porque en las maras son considerados importantes. Otro estudio salvadoreño llega a la conclusión de que para muchos jóvenes, "las maras son una red social que les proporciona ingresos, autoestima y solidaridad".

Una hermandad: "comemos del mismo plato"

"En la mara se aprende un resto de cosas, entre ellas a ser bien pero bien honesto. Por ejemplo, usted tuvo cacha con otros dos carnales (amigos) y cayeron 200 varas (quetzales). Se reparten iguales. Y lo que no se puede repartir, es para la trama (comida) en partes iguales hasta que se acaba" (Testimonio de un pandillero guatemalteco).

"Hay una hermandad dentro de la mara que en ninguna institución, en ningún partido político ni en ninguna otra parte tienen. Los demás no comen del mismo plato y nosotros sí comemos del mismo plato, nos tapamos con la misma cobija. (Testimonio de un pandillero guatemalteco).

La convivencia en la pandilla crea una historia común, un intercambio permanente de conocimientos, y posibilita a los jóvenes encontrar reconocimiento y confirmar y fortalecer nexos de amistad. Responden sin condiciones los unos de los otros y se defienden.

La pandilla no surge para romper las leyes, sino como grupo de amigos que quieren hacer algo juntos. La fidelidad más grande es la de "los bróderes" de la pandilla, no la de la familia. La pandilla se convierte en una especie de familia "de forma real, en el amor y las relaciones, y no sólo retóricamente". En el grupo se estima mucho la justicia y la honestidad, consideradas cualidades de mando. En todas las pandillas existe una especie de

código de honor que es absolutamente obligatorio para todos. Se entiende como una respuesta a la hipocresía que han experimentado en los adultos y a la corrupción que perciben en la sociedad. Casi ningún pandillero se deja comprar, a cambio de promesas o regalos de dinero, para convertirse en espías de la policía.

Los rituales de admisión

Cada pandilla tiene sus rituales y sus reglas de funcionamiento. Aunque siempre se refieren a la igualdad en el grupo, las pandillas también pueden ser más o menos jerárquicas. Casi siempre hay jefes que dan instrucciones. Pero sólo son reconocidos mientras demuestran las cualidades que favorecen al grupo y mientras negocian en interés y en favor de toda la pandilla.

El ritual de admisión posibilita el reconocer si el miembro es capaz de cumplir los requerimientos del grupo. Son impor-

tantes los requerimientos para la lucha: fuerza corporal, habilidad, rapidez de reacción y estar preparado a no rajarse ante los peligros. La Mara Salvatrucha, por ejemplo, elige unos cuantos compañeros que le pegan al nuevo miembro durante 13 segundos esperando de él que se sepa defender. En la Mara Dieciocho son 18 segundos. La Mara Morazán exige a los nuevos miembros que lleven a cabo una pelea con cuchillos con el jefe de la pandilla a fin de medir su astucia y habilidad, y sobre todo para reconocer si tiene o no miedo a las disputas duras.

En el caso de las mujeres, el ritual de admisión tiene variaciones. Se les exige que lleven a cabo peleas, pero también existe la práctica de "el trencito", del "donando amor". Una chica cuenta: "Una vez yo andaba bien loca, y cuatro batos de la clicla me dijeron que me soltara la greña. Yo les dije que no, que para eso me había brincado a golpes, y uno de ellos me dijo: Mira loquita si no soltás te vamos a descontar, mejor que sea por las buenas. Y pues, yo bien drogada, ¿qué hacía? Ni modo, ya me tocaba y pasaron los cuatro por mí". Después de un ritual así, la chica es admitida y tiene que contar con más ataques parecidos.

Señales de equidad con las mujeres

Por encima de todo se espera de las mujeres lo mismo que de los hombres, sea en peleas con otras pandillas o con la policía o sea en "los vaciles". El trato irrespetuoso de los chicos con las chicas da lugar a discusiones. Y no se practica en todas las pandillas de la forma descrita. Hay maras en las que se prohíbe de forma expresa el reparto discriminatorio de roles que afecta normalmente a las mujeres en la sociedad, y las mujeres viven en posición de igualdad, e incluso llevan la voz cantante.



Esta equidad abarca también la homosexualidad. Mientras que en las sociedades centroamericanas se considera generalmente la homosexualidad como algo anormal, como una enfermedad, en muchas pandillas centroamericanas se practica de manera abierta entre las mujeres y entre los hombres, no siendo motivo de discriminación. En el estudio de AVANCSO, la mitad de las mujeres reconocieron haber tenido relaciones lésbicas, lo que no excluye tener relaciones con hombres.

Creadores de una cultura y de un lenguaje

Desde el punto de vista cultural las pandillas y maras se crean su propio mundo, que se diferencia y separa explícitamente de la sociedad "normal". Crean un lenguaje propio que sólo entienden entre ellos. En él se mezclan frecuentemente palabras del español y del inglés, aunque también se recurre a versiones arcaicas del español -el malespino o a modismos utilizados en otros países de América Latina, sobre todo en México, Colombia y Venezuela.

Se crean también nuevas palabras llenas de gracia e ironía. Además, usan graffitis y placazos, a menudo sólo comprendidos por los pandilleros, y con frecuencia usados para marcar el propio territorio o transmitir determinados mensajes en clave. El lenguaje simbólico de los tatuajes y esas pinturas en las paredes, así como un determinado estilo en los gestos del lenguaje corporal, determinan una especial comunicación entre pandilleros y mareros.

Las preferencias musicales abarcan un espectro amplio, desde la romántica y melancólica, hasta el rock inglés. Sobre todo, abunda el rap/hiphop (break dance), el heavy metal y el punk. Cantantes, desde El Puma hasta Santana

y Rod Stewart, desde Tina Turner hasta Tatiana, y grupos como Timbiriche, están entre sus favoritos. A algunos mareros les gusta la marimba, de tradición indígena.

Al contrario que en México, en Centroamérica es raro que las pandillas formen grupos musicales, creen letras de canciones o hayan elaborado un estilo musical propio. Sin embargo, están muy receptivos a esas posibilidades como lo muestra la iniciativa de la cantante de rock Lorena Cuerno en El Salvador.

"Con violencia me hice respetar"

"Con violencia fui implantando respeto. Antes nadie me respetaba porque era pobre. Pero yo me hice respetar, y es muy importante ganarse el respeto". (Testimonio de un pandillero nicaragüense). "Hay muchas personas que son incrédulas de tus buenas intenciones. Sólo porque ven que perteneces a una pandilla piensan que eres del todo malo. Pero no es así. Si te sentís muy querido y apreciado por los de tu comunidad, sentís también un gran aprecio por ellos, hasta querer dar tu vida para salvarlos de cualquier peligro y hacerles favores sin esperar ninguna recompensa". (Testimonio de un pandillero salvadoreño).

Actualmente, la violencia síquica y los enfrentamientos armados tienen un papel central en las maras y pandillas. Pero aunque muchos mareros y pandilleros cometen actos ilegales y no se ocupan de las leyes, sería quedarse muy corto considerarlos como protagonistas de una subcultura criminal. "La mayoría de ellos poseen razones para estar en las pandillas, que van más allá del simple interés en involucrarse en situaciones delictivas".

Las maras deben entenderse como una variante de la cultura de sobrevivencia de los pobres y de los rechazados, como un reflejo de la violencia extendida y practicada por todas partes en América

Latina. En un estudio sobre las formas y causas de la violencia en El Salvador, el sociólogo salvadoreño José Miguel Cruz habla de una "cultura de la violencia". La entiende como "la creación de valores y normas que legitiman y conceden un privilegio al uso de la violencia en cualquier ámbito frente a otras formas de comportamiento social.

Una violencia que excluye y genera rabia

Desde 1992, fecha del acuerdo de paz en El Salvador, mueren cada año en el país 8 mil personas víctimas de actos violentos, lo que significa unos 140 muertos por cada 100 mil habitantes. En América Latina 140 mil personas son asesinadas al año. Todas ellas son muertas antes de tiempo, que se unen a los cientos de miles que también mueren antes de tiempo por hambre, o por condiciones que acaban con su salud. Por año, 28 millones de familias latinoamericanas son víctimas de robos y atracos, casi una por segundo. Este tipo de violencia es en América Latina cinco veces más alto que en el resto del mundo.

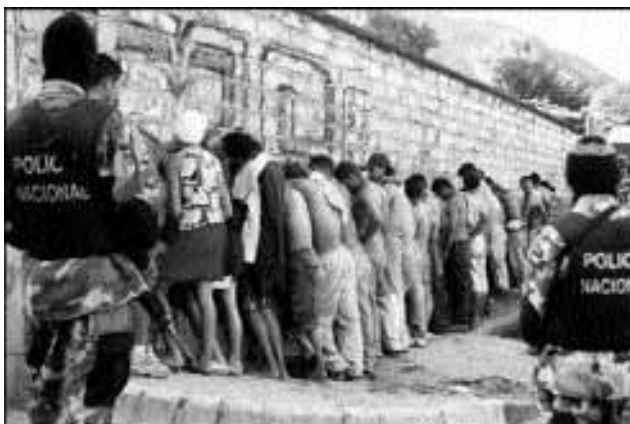
El aumento de la violencia no es solamente una consecuencia de la pobreza. Tiene su origen en la creciente desigualdad social que transmite a mucha gente la sensación de ser tratadas no sólo injusta sino indignamente, lo que genera desesperación y rabia.

Las neoliberales medidas de ajuste estructural que desde el golpe militar chileno del año 1973 fueron impuestas en América Latina por el Fondo Monetario Internacional y otras instituciones internacionales, muy complaciente-

mente ejecutadas en ventaja propia por las prevenidas y corruptas "élites" nacionales, son en sí mismas una forma de violencia estructural. Estas medidas no solamente han aumentado la pobreza, sino que están produciendo cambios culturales fundamentales, dañando la imagen que las personas tienen de sí mismas y haciéndolas aspirar a un modo de vida con nuevos estándares, al que sus escasos recursos no les permiten llegar.

Ante los nuevos "valores": hacer fortuna, competir

La posesión de dinero y el "hacer fortuna", el adquirir bienes de consumo costosos cueste lo que cueste se han convertido en prioridades para lograr una vida plena. Valores que hasta ahora habían hecho más fácil la vida en común, como la solidaridad, la integridad y la lealtad, entran necesariamente en contradicción con el nuevo sistema axiológico, ya que éste los muestra como poco eficientes y poco apropiados para competir. Como consecuencia, se entierra la pertenencia social y las relaciones de confianza entre familiares, amigos y vecinos se someten a una dura prueba y no raramente son destruidas.



Los jóvenes viven de muchas maneras el desmoronamiento de la cohesión social y la violencia mucho antes de unirse a una pandilla. Ya de niños tienen la experiencia de ver a su padre o padrastro de mal humor, actuando de forma irresponsable, violenta y mala. En muchas familias impera el alcohol como vía para olvidarse del esfuerzo excesivo y de la desesperación. En El Salvador, el 80.5% de los pandilleros fue maltratado cuando niño. Y casi la mitad ha visto a mujeres y niños insultados y amenazados permanentemente en el hogar.

Hogares desintegrados: una hipótesis simplista

El estudio de AVANCSO subraya que a menudo no es el estado incompleto de la familia lo que más afecta a los jóvenes. Es el comportamiento angustioso e inseguro de los adultos y la imposibilidad de comunicarse con ellos y de poder desarrollar con ellos una relación de confianza lo que más resienten. También en El Salvador, en la última investigación del IUDOP, se rechaza claramente la extendida "hipótesis simplista" de que los mareros provienen de "hogares desintegrados". Y se destaca -como en otras investigaciones- que la vida familiar de los pandilleros está impregnada de violencia y de falta de entendimiento. En las chicas, esta experiencia determina aun más el que se unan a una mara.



Los jóvenes viven violencia e injusticia día a día en la calle, en la escuela, buscando trabajo, y en el trato con las autoridades estatales. En la escuela se ven discriminados y menospreciados por profesores sobrecargados de trabajo y mal pagados. La búsqueda de trabajo la viven como el tránsito por un callejón lleno de golpes, y cuando excepcionalmente encuentran un trabajo pagado, tienen que contentarse con un salario miserable, ni por asomo suficiente para satisfacer sus necesidades vitales. A causa de tatuajes, de ropa inusual, o del lugar donde viven, son considerados por las autoridades estatales o por los auto-denominados "escuadrones de la muerte" y otros grupos paramilitares como delincuentes de hecho o potenciales, siendo objeto de vejaciones y amenazas y hasta asesinados. Por la mínima causa son encerrados por la policía y maltratados, y las chicas con frecuencia violadas.

"Sociedad: en eso yo no tomo parte"

Cuando los jóvenes se unen a una pandilla, están ya convencidos de que viven en un mundo injusto, y que son víctimas de esa injusticia. Entienden su mara como una venganza contra un mundo que les hace daño. Ante sus ojos ven a gente rica que se aprovecha de los otros, y a gente pobre que es exprimida y debe aguantar demasiado. Piensan que la sociedad no sirve ni a los pobres ni a los jóvenes, y no quieren tener nada que ver con la sociedad. "Sociedad: en eso yo no tomo parte", dice un marero en Guatemala.

De la experiencia de la pobreza y de las amenazas, los mareros han aprendido que deben actuar juntos para no hundirse. Esto no los hace políticamente radicales en el sentido de querer

cambiar una sociedad que consideran hostil e injusta. Se defienden en primer lugar a sí mismos y quieren asegurarse la parte del pastel que les corresponde, aunque sea a través de la violencia. Más allá de, por la miseria en que viven, la apropiación de bienes que hacen para atender sus necesidades inmediatas representa "una actitud contestataria de quienes han quedado en situación de marginalidad material o espiritual en el sistema, sin posibilidades reales para concretar y realizar un proyecto de vida válido y digno".

En la pandilla son protagonistas

En la medida en que los jóvenes se integran en una pandilla manifiestan que a ellos la sociedad les impide oportunidades educativas, culturales y económicas para desarrollarse como personas y vivir una vida satisfactoria. De ninguna manera idealizan su "vida loca", y tienen una interpretación ambivalente en relación a su manera de actuar. Pero no ven otra posibilidad de vivir su vida y tener una identidad propia. Ven en sus actos criminales y en la violencia que ejercen un medio legítimo para satisfacer sus necesidades básicas, emocionales y materiales, y para conservar un cierto nivel síquico y económico.

Para ellos es mejor sentirse importantes y valorados bajo circunstancias peligrosas, que ser "nada" o "nadie". Muchos adolescentes "se encuentran en una mejor situación como miembros de una mara que como adolescentes en el hogar. La decisión de hacerse miembro de una mara puede ser decisiva para el adolescente debido a que los beneficios son mayores que los costos. La necesidad de acción, prestigio y estatus, dinero (obtenido o no de forma delincencial), drogas, la atención de las chicas, son todas necesidades que pueden ser satisfechas dentro de la mara".

La pertenencia a una pandilla se entiende finalmente como el intento de obtener de nuevo un espacio social que se ha perdido o que en la vida "normal" es inalcanzable. Los jóvenes intentan con la pandilla "crear una sociedad para ellos mismos en medio de una donde no existe nada adecuado a sus necesidades. Lo que los jóvenes obtienen por medio de las actividades de la pandilla es lo que les es negado en el mundo de los adultos: protagonismo".

Receptivos a soluciones que los respeten

Bajo otras circunstancias políticas y sociales, muchos jóvenes que están hoy en las pandillas habrían encontrado probablemente otras formas de expresión menos violentas y destructivas o se hubieran unido a movimientos sociales dirigidos a cambiar sus circunstancias de vida. Pero actualmente no es tiempo de movimientos comunales ni existen las alternativas políticas. Además, las organizaciones consideradas progresistas tienden a juzgar las pandillas y a los pandilleros siguiendo los estereotipos extendidos por los medios de comunicación masiva y por las instituciones policiales y rechazan a los jóvenes de las pandillas como lumpen, e incluso luchan contra ellos colaborando con la policía.

Muy lentamente se va extendiendo entre algunas organizaciones el reconocimiento de que muchos jóvenes actualmente involucrados en las pandillas son muy receptivos a soluciones alternativas a sus problemas, siempre que sean previamente tomados y tomadas en serio como personas autónomas. Siempre que se sientan respetados y apoyados en poner fin a las violencias que han vivido cuando vieron anulados sus derechos y su dignidad.

"MARAFOBIA".

Entre psicosis y realidades: intentar comprender el problema para resolverlo.

Boletín "CHIAPAS AL DIA" No. 442 (01 de diciembre de 2004)

En México y en Centroamérica la presunta invasión de las maras induce pánico en la población y se multiplican las leyes represivas e iniciativas policíacas para reprimirlas. Esta manera de afrontar el problema está destinada a fracasar porque considerar las maras solamente como un problema de seguridad y de orden público es pecar de simplista. Conocer mejor estas pandillas nos ayudaría a no caer en el pánico general y a afrontar más eficazmente el problema. El analizar las causas de este fenómeno juvenil, que tienen raíces profundas en la grave situación social y económica de México y Centroamérica, podría llevar a idear soluciones al problema que vayan más allá de la simple represión, medida tanto inútil como ineficaz, tomando en cuenta las contradicciones estructurales de países como El Salvador, Honduras, Guatemala y México.

Des-construir el terror.

En los últimos meses los periódicos locales y nacionales de Chiapas y México han dado una amplia información sobre la actividad criminal de las maras. Los artículos periodísticos relativos a la inseguridad en ciudades como Tapachula, Arriaga, Ciudad Madero dan la impresión de que estamos en medio de una verdadera invasión de maras en México. Tales informes suelen presentar a las maras como los únicos responsables de los altos índices delictivos de la región de la Sierra y la Costa de Chiapas.

Periódicos y revistas han dedicado a las maras portadas elocuentes: hay títulos como "Sin control"(1) o "Los Maras nos



invaden”(2), acompañados por fotos de jóvenes llenos de oscuros tatuajes y con expresiones espantosas, y textos que describen con gran riqueza de macabros detalles los crímenes de los maras. Casi sin excepción los medios de comunicación tratan de manera sensacionalista el problema “maras”.

Funcionarios y políticos locales y nacionales de diferentes partidos no han tardado en entrar al asunto, confirmando una postura superficial e invocando mayor policía, control y represión. Los funcionarios policíacos o de los órganos de seguridad de los estados denuncian de viva voz la falta de recursos que limita su actuar, concentrando siempre la atención en la necesidad de reprimir el fenómeno. Un diputado federal declaraba al periódico Cuarto Poder del 1º de diciembre que “el Gobierno Federal también debe contribuir en la lucha contra este problema mediante la asignación de mayores recursos y personal capacitado en las distintas dependencias encargadas del control y la seguridad en la frontera, tales como la Secretaría de Seguridad Pública Federal, la Procuraduría General de la República y el Instituto Nacional de Migración”(3)

Junto con promesas de políticos de un control policial más fuerte se habla ya de otras medidas. Ya se discute bajar la edad penal, coordinar acciones con los países centroamericanos y de aprobar leyes más severas contra las maras, tomando como ejemplo a los países de Centroamérica, donde un solo tatuaje corporal es motivo de sospecha y encarcelamiento.

Además, tras acciones de mareros que tuvieron un impacto muy fuerte en la opinión pública, la policía de Chiapas realizó operativos en que se detuvieron centenares de presuntos integrantes de maras en la Costa chiapaneca. El 20 de

noviembre, en el marco de las celebraciones de la Revolución Mexicana en Tapachula, mientras estudiantes de escuela secundaria desfilaban, integrantes de las dos principales pandillas presentes en México, Mara Salvatrucha 13 y Mara Barrio 18, se enfrentaron. Al escucharse presuntos disparos (aunque ninguno de los 32 mareros detenidos en la ocasión portaba armas de fuego) se desató el “caos”. Cuando se restableció el orden, 57 personas habían sido atendidas por crisis nerviosas, pero ninguna presentaba heridas provocadas por mareros.

Dos días después de la trifulca, el rumor de un posible ataque en escuelas secundarias por la mara Salvatrucha en Tapachula ocasionó una ola de terror en la ciudad. En varias escuelas los estudiantes huyeron de las clases y numerosos padres llegaron a las escuelas para llevar a sus hijos a casa. Se trató, sin embargo, de una falsa alarma.

Estos hechos son solo dos ejemplos de la histeria que la presencia de maras en el Sureste mexicano han provocado. A este clima se respondió con un fuerte operativo policíaco: tan solo el 23 de noviembre más de 26 personas fueron detenidas por 400 policías movilizados, además de las 23 personas ya detenidas el 20 de noviembre (4). En los días siguientes a la riña del día de la Revolución, en total, casi 200 presuntos integrantes de las maras fueron detenidos (5).

Además de enfrentarse entre diferentes grupos declaradamente enemigos por el control de territorio, las maras se dedican principalmente a asaltar a los migrantes indocumentados que llegan a México, con destino EEUU, desde Centroamérica. Robos y delitos en contra de indocumentados son muy comunes en la Costa de Chiapas, región de paso obligado para muchos migrantes. Este fenómeno criminal es tan común que

existe una institución, parte del Instituto Nacional de Migración, creado para "proteger" a los migrantes en el área, el llamado Grupo Beta Sur de Protección al Migrante" (6). En la Frontera Sur es normal atribuir a las maras los delitos contra indocumentados.

Pero ¿estamos seguros de que los mareros sean los responsables de un número tan grande de delitos?

El mismo Grupo Beta Sur nos informa que "el 51 % de esos delitos son cometidos por agentes de los diversos cuerpos de seguridad mexicanos y el 49 % por delincuentes comunes; sólo en dos de cada nueve casos los agresores son maras" (7).

Este intento de reconsiderar el "peligro maras" en México no quiere subestimar el fenómeno: estas pandillas transfronterizas que se han extendido, desde Estados Unidos, a Centroamérica y, ahora, a México, constituyen un problema grave y en expansión pero seguramente los maras no son culpables de todos los males que se les atribuyen.

Abarcar el problema sin fobias ni pánico, muchas veces no justificado por los hechos reales, es la única manera de encontrar soluciones mejores que las que se han impulsado en Centroamérica y en México.

Una crítica a las medidas antimaras en Centroamérica.

Mientras en México se insiste en imitar las medidas legislativas y policíacas tomadas en los países centroamericanos contra las maras y en coordinar acciones entre estos países, el terror desatado contra



mareros en Guatemala, Honduras y El Salvador ha tenido graves consecuencias.

"Utilizando los maras como carne de cañón ... Guatemala, Honduras y El Salvador, entre julio y agosto 2003, han anunciado, casi al mismo tiempo, medidas represivas denominadas Plan Escoba, Operación Libertad y Plan Mano Dura. Las maras han sido asimiladas a las organizaciones criminales, por lo que pertenecer a una mara constituye delito y los menores son juzgados como adultos" (8).

En El Salvador, quien impulsó la estrategia represiva fue Mauricio Sandoval, director de la Policía Nacional Civil entre el 1999 y el 2003, dueño de numerosas empresas de comunicación en el país y dirigente de la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), partido ganador de las últimas elecciones salvadoreñas. Sandoval se declaró a favor, hablando de las medidas en contra de las maras, de que la Convención Internacional sobre los Derechos de la Infancia no se aplique en El Salvador, pues podría tener validez para las democracias estables, pero no para El Salvador (9). Las medidas represivas,

tomadas antes de las elecciones, tuvieron un claro intento de propaganda electoral y con escasos resultados: hasta el 23 de febrero, de 2004 la policía salvadoreña había detenido a 10.178 presuntos pandilleros, de los cuales el 95 % fue liberado por falta de pruebas. Los homicidios y delitos en el país obviamente no cesaron durante las redadas.

Además, el aumento de la tensión social en el país condujo a la reactivación de grupos paramilitares que habían actuado durante la guerra en El Salvador en los 80 y 90. Se sospecha que, detrás de horribles asesinatos de jóvenes, hay miembros del grupo Sombra Negra que, entre 1992 y 1993, se dedicó a ejecutar a activistas y ex guerrilleros (10).

Para enfrentar esta ola represiva las maras se adaptan. Viajan hacia México, reclutan adeptos siempre más jóvenes, se hacen menos visibles y los capos se esconden y entran en contacto mas estrecho con el crimen organizado. Una política represiva que quiere satisfacer necesidades inmediatas de seguridad pública, reclamada a gritos por una población agotada por tanta criminalidad, no llega a las raíces principalmente sociales del problema.

Analizar las causas y tomar medidas congruentes.

Estudios e investigaciones hechos en Guatemala, Honduras, Nicaragua y El Salvador y recogidos en el texto *Maras y pandillas de Centroamérica*, realizado por varios equipos de investigación en esos países, apuntan a las principales causas de la expansión de las maras en Centroamérica, e intentan plantear medidas, no meramente policíacas, que podrían llegar a las raíces del problema y contribuir a contener el fenómeno en América Central, previniendo así una mayor extensión del problema en México.

Las pandillas juveniles en Centroamérica no son un fenómeno nuevo, pero el número de jóvenes afiliados, el nivel de violencia y la posición hegemónica que han alcanzado las maras desde los años 90, hacen de éstas un elemento importante para entender la situación centroamericana. En verdad, las dos maras que hoy provocan alarma social (Mara Salvatrucha y Mara 18) no son originarias de América Central, sino son un "producto de exportación" de los Estados Unidos, en particular de Los Angeles. En esta ciudad, ya desde los años 60, la Mara 18 (que entonces era la gang de la 18th street) era poderosa en su barrio y cuando la joven Mara Salvatrucha intentó entrar en el territorio de la Mara 18, se desató la guerra entre las dos pandillas. Estas bandas eran conformadas por inmigrantes latinos, sobre todo mexicanos y salvadoreños, estos últimos huyendo de la guerra civil en El Salvador. En los años 80 el creciente comercio de drogas en la ciudad fomentó mayor actividad entre las pandillas.

Desde el fin de la guerra en El Salvador y paralelamente a las leyes migratorias estadounidenses siempre más restrictivas, empezaron las deportaciones de latinos y sobre todo de salvadoreños indocumentados hacia su país de origen. Muchos jóvenes deportados habían sido integrantes de pandillas en Estados Unidos, así que las deportaciones en masa tuvieron un papel importante en la evolución de las Mara 18 y la Mara Salvatrucha en Centroamérica. La cultura de las maras importada desde EE.UU. encontró en los países centroamericanos condiciones favorables para su desarrollo y expansión, contribuyendo al aumento de los mareros en El Salvador, Honduras, Guatemala y, recientemente, en México.

Las maras son grupos de jóvenes con una identidad bien marcada por ritos y símbolos claros. Los tatuajes declaran la afiliación a una de las dos pandillas o indi-

can momentos importantes de la vida privada o comunitaria del marero (la primera novia, el número de delitos cometidos, etc.), inclusive las pruebas que tuvieron que pasar para entrar en la mara (por ejemplo, el nuevo marero tiene que aguantar los golpes violentos de todos los otros mareros por un tiempo definido, o acostarse con una integrante del grupo, o cometer un delito, etc.).

La solidaridad dentro de la mara es el valor supremo y el grupo reconoce la autoridad de un capo. Se puede salir de la mara sólo por motivos reconocidos como válidos: casarse, tener hijos, adherirse a una Iglesia, etc. Si la decisión personal de salir de la mara no es aceptada por la pandilla, el marero arrepentido puede ser perseguido hasta la muerte.

Las maras se dedican al *racket* (extorsión), venta de drogas, robo de vehículos, asaltos, aunque el motivo principal de su existencia es la guerra contra la pandilla enemiga por el control de territorio, marcado por los graffiti.

Es importante comprender los elementos que han facilitado la expansión de las maras para enfrentar eficazmente el problema. En este sentido, es fundamental investigar el entorno de las y los jóvenes integrantes de las pandillas, aceptando que el problema es producto de condiciones sociales y medioambientales y no el resultado de condiciones genéticas o psicológicas de los mareros. Investigar un entorno social quiere decir analizar numerosas variables que entre ellas guardan complicadas relaciones. Varios estudios hechos en Centroamérica señalan condicionantes que influyen en la existencia y el desarrollo de las maras.

Queda claro, en primer lugar, que hay relaciones entre algunas variables socioeconómicas y las maras. En particular, existen datos que confirman la relación entre

educación, ingreso familiar, hacinamiento de familias en los hogares, estado de la infraestructura del barrio (calles, higiene, etc.). Algunos datos parecen particularmente significativos: tomando en cuenta, en conjunto, las investigaciones hechas en comunidades en Guatemala, Honduras y El Salvador, en sitios donde hay actividad pandillera, el promedio de años de escolaridad es de 4,33 (mientras que en sitios donde las maras no son un problema, es de 5,41). El ingreso promedio de las familias que viven en comunidades afectadas por los mareros es de 257 dólares, pero en comunidades sin actividad de las maras es de 320 dólares. Los sitios donde hay maras registran un índice más alto de hacinamiento en las viviendas y padecen calles y otras obras en mal estado.

En general podemos afirmar que las pandillas se desarrollan en los barrios donde se encuentran condiciones de precariedad social, con muchas familias vulnerables, hacinadas en viviendas no apropiadas.

Además estas variables parecen estar asociadas a los niveles de violencia en las comunidades. También estos índices parecen estar relacionados con el desarrollo de maras: donde hay una incidencia más alta de violencia, más grande es el desarrollo de las maras. Maras, violencia y las variables socioeconómicas analizadas parecen ser pues parte de un mismo círculo vicioso.

Aunque pueden ser obvias las relaciones entre pobreza y maras, los indicadores recién analizados no siempre relacionan todas las condiciones señaladas con el desarrollo de las maras. Por ejemplo, la relación entre ingreso de los hogares y presencia de maras no siempre se confirma. Mientras que en Honduras son los barrios más pobres los que registran más mareros, en El Salvador no son precisamente los

barrios con ingresos más bajos. Por eso es más preciso hablar de un entorno social y comunitario de pobreza, que de la pobreza de las familias o de las personas.

Para comprender mejor la complejidad de las condiciones que favorecen el desarrollo de las maras, es necesario introducir el concepto de capital social, entendido como las relaciones entre las personas que les permiten cooperar con el propósito de alcanzar objetivos comunes. Las variables del capital social que parecen impactar más, positiva o negativamente, en la presencia de maras son la confianza interpersonal, la participación comunitaria, la presencia de espacios públicos positivos de encuentro y la existencia de espacios públicos "perversos". Es claro que todos los elementos que disminuyen la capacidad de una comunidad para construir redes sociales aptas para confrontar colectivamente las necesidades de apoyo y de identidad de los jóvenes y capaces de regular el comportamiento de las personas, favorecen el desarrollo de las maras.

La confianza interpersonal en una comunidad inhibe la aparición de maras. Así también los espacios públicos de encuentro y diversión "positivos" (edificios públicos, plazas etc.) facilitan las relacio-



nes positivas entre las personas, también neutralizando la aparición de maras. Al contrario, espacios públicos perversos, como cantinas, burdeles, etc. estimulan violencia y el surgimiento de pandilleros.

La administración pública local también parece jugar un papel importante: estimulando la interacción entre las personas de una comunidad, administrando óptimamente los recursos comunitarios y controlando factores negativos (burdeles, etc.), las autoridades municipales, más cercanas a las necesidades de la población que las estatales o federales, pueden influir indirectamente en la evolución de las maras.

Entonces, el que una comunidad sea pobre no es motivo en sí para que sea un semillero de maras, como tampoco es suficiente que en la comunidad exista poca confianza entre sus miembros. La pobreza y el abandono institucional se mezclan con escasez de lugares de encuentro comunitario, con la ausencia de control en lugares que generan violencia, carencia de mecanismos de participación y con la inseguridad generada por la violencia. Frente a tal complejidad de condiciones que determinan conjuntamente el desarrollo de las maras, es claro que simples medidas policíacas son

inútiles o dañinas. En los operativos policíacos, las autoridades entran a la comunidad, reprimen, controlan y luego se retiran, dejando a la comunidad más desarticulada, sospechosa y desconfiada.

Asimismo, muchas comunidades problemáticas hoy están en manos de iglesias que mezclan asistencia y fundamentalismo, y que intentan resolver el problema mediante conversiones

personales pero sin transformar las condiciones de vida de la gente.

Es necesaria una integridad de programas y de políticas que comprometan a las organizaciones y gobiernos locales. En vez de insistir en la simple represión, sería importante revalorizar la comunidad en el control del problema mediante una amplia gama de medidas. Combatir la pobreza y la miseria es fundamental pero es una tarea lenta y difícil, así que mitigar sus efectos podría ser un objetivo más realista. Reducir las condiciones de abandono y marginalidad de muchas comunidades, modificar el entorno social de los jóvenes y dotarles de habilidades y oportunidades, facilitar su integración social, estos son los desafíos de las autoridades públicas, sobre todo las locales. ¿Y las medidas prácticas a tomar?. Consisten en multiplicar los programas de atención a los jóvenes, mejorar la infraestructura, los servicios y la participación en los barrios. Estas medidas locales tienen que estar insertas en un marco de políticas más amplias que corrijan la desigualdad y pongan remedio a la lacerante pobreza en Latinoamérica.

Afrontar al problema maras de manera integral, llegando a las raíces sociales del problema, con políticas y programas en los cuales el estado y las autoridades locales cumplan su importante papel, representa la única manera para que México controle y solucione el fenómeno, sin incurrir en los errores cometidos en Centroamérica.

Lástima que en estos meses México duplique a pie juntillas las medidas represivas que ya han fracasado en Centroamérica. Para colmo de males, las políticas neoliberales implementadas desde hace 20 años no dejan espacio para intervenciones públicas eficaces a nivel local ni a nivel federal. Sin un cabal entendimiento del fenómeno y sus cau-

sas estructurales, es casi inevitable que las maras sigan desarrollándose, alimentadas por las graves contradicciones sociales que México comparte con Centroamérica.

NOTAS

(1) Portada de "Milenio", no. 330, enero 12 de 2004.

(2) Portada de "Cambio", año 3, no. 100.

(3) De: "Cuarto Poder", 1 diciembre 2004.

(4) Datos de "Cuarto Poder, 21-23-24 noviembre 2004.

(5) *Pandilla de globalización*, La Jornada 30 noviembre 2004.

(6) En relación a esta institución consulte el boletín "Chiapas al Día" no. 157, 28 de mayo 1999, de CIEPAC, A.C.

(7) *Invasión o viendo maras con tranchete?* 9 marzo 2004. Da:

(8) Philippe Revelli, *Dietro la violenza delle gang in Salvador*, da Le Monde Diplomatique marzo 2004. Edizione italiana edita da Il Manifesto.

(9) Philippe Revelli, *Dietro la violenza delle gang in Salvador*, da Le Monde Diplomatique marzo 2004. Edizione italiana edita da Il Manifesto.

(10) Alberto Najjar, *La vida en territorio mara*, da Masiosare, domingo 7 de marzo 2004.

Esperamos que te haya resultado interesante este documento, al igual que nos lo ha parecido a nosotros, y por eso creemos que no podemos guardarlo en el archivo.

Por eso editamos los **Documentos del Ocote Encendido**. En ellos podréis encontrar los análisis más interesantes de América Latina. Cada documento presenta el formato de cuadernillo de unas 30-40 páginas y tenemos prevista una periodicidad de 6 números al año.

Si te interesa recibir este Documento y nuestro Boletín, rellena y envíanos este boletín de suscripción al **Comité Cristiano de Solidaridad Oscar Romero de Aragón** (c/ José Paricio Frontiáan s/n - 50.004 - Zaragoza)

DATOS DEL COLABORADOR:

Nombre y apellidos: _____
Dirección: c/ _____ nº _____
C.P. _____ Población _____ Tlf. _____

Deseo recibir:

- Deseo recibir El Ocote Encendido y los Documentos del Ocote Encendido (15,03 euros/año)**
 Deseo colaborar como socio del Comité con una cuota anual de _____ euros.

ORDEN DE PAGO A LA ENTIDAD BANCARIA:

Banco o caja _____ Dirección _____

Datos bancarios: _____ - _____ - _____ - _____

Ruego cargen a mi cuenta los recibos que por un importe de _____ euros al año/semestre, presentará el **Comité Cristiano de Solidaridad Oscar Romero de Aragón**.

Nombre y apellidos: _____
Dirección: c/ _____ nº _____
C.P. _____ Población _____ Tlf. _____

Firma: _____

También puedes encontrar el Documento del Ocote en: